

NELLY ARCAN

Putá

Traducción de RAQUEL VICEDO

Palabras que queman

EN PRIMER LUGAR, CONVIENE recordar que este libro que tiene en sus manos produjo, cuando se publicó por primera vez en 2001, el efecto de un meteoro deslumbrante y algo enigmático. Por un lado, nos parecía que emergía de un rincón del universo infinitamente lejano y desconocido, pero sobre todo, y esto es característico de los meteoros, el libro en cuestión tenía algo de *performance* imposible de repetir, sin futuro. Era un pedazo de carbón incandescente, estéril como un desierto, que acabaría extinguiéndose solo, dejándonos con la boca abierta. Nelly Arcan solo escribiría una novela; y, una vez publicada, de una forma u otra llevaría a cabo ese gesto que bulle entre las líneas de *Putu*: pasaría por encima de la barandilla de un balcón, clavaría un gancho en el techo, tendría un encuentro fatal, se atiborraría con algo.

Pero nos equivocamos, al menos en parte. Eso que presentíamos tardó un tiempo en suceder. Exactamente, ocho años: de septiembre de 2001, fecha de publicación de *Putu*, cuyo manuscrito había llegado a Seuil por correo, en febrero, con el nombre del registro civil Isabelle Fortier, a septiembre de 2009, la noche en que Nelly Arcan pone el punto final a todo tras las paredes de ladrillo de un edificio en Plateau-Mont-Royal, en Montreal, donde vivía sola con sus dos gatos siameses. Por cierto, ¿qué edad tiene en ese momento? ¿36 años o 38?

Nelly cambiaba mucho sus declaraciones, rehacía su biografía igual que remodelaba su cuerpo, su rostro. Animal perseguido que debe cambiar constantemente de envoltura para mantener a raya a sus depredadores. En esa época, asegura que ha dejado de prostituirse; es falso. Su «patrona» le saca pocos años. Ella y unas cuantas chicas más forman un grupito espectacular, muy norteamericano: hablan de temas insustanciales, se emborrachan a base de champán, se relacionan con hombres ricos. Nelly a veces pierde las llaves de su apartamento y duerme acurrucada en el felpudo de la entrada. ¿Dónde está Nelly en las derivas de Isabelle? ¿Quién es una, quién es la otra? Ahí radica el misterio: parecía un personaje de su propia historia, una de esas mujeres perdidas a las que tan cruelmente retratará en sus novelas posteriores, *Loca* y *À ciel ouvert*.

Pero volvamos a la recepción del primer manuscrito. En Seuil, donde lo leyó por primera vez Françoise Blaise, que en esa época estaba a cargo de la literatura quebequesa, las reacciones oscilaron entre el estupor, el entusiasmo y la perplejidad. Lo que produjo un profundo impacto no fueron tanto los hechos relatados como el lenguaje en sí mismo. En cualquier caso, nunca habíamos leído nada parecido. Me pidieron que cogiera un avión ese mismo día y pasara el fin de semana en Montreal. Cuando llegué, hacía un frío polar. Nelly Arcan y yo nos reunimos en el vestíbulo de un gran hotel; le anuncié sin preámbulos que íbamos a publicarla, a firmar un contrato. Sin embargo, deseaba compartir con ella las preguntas que habían cruzado la mente de sus primeros lectores, y quería saber si se sentía capaz de escribir, por ejemplo, un prefacio en el que desvelara detalles de su persona, de su infancia, etc.

La mirada azul pálido que rehuía la mía no se enturbió, ni ante los cumplidos ni ante las reservas. Estaba dispuesta a ponerse manos a la obra de inmediato. De hecho, pocos días después llegó el prefacio. Era Nelly Arcan en estado puro: una auténtica pieza de literatura, sin duda, pero también una negativa rotunda y elegante a aportar ninguna de las respuestas deseadas...

No tengo la costumbre de dirigirme a los demás cuando hablo, por eso no hay nada que pueda frenarme, además, ¿qué podría contarle a usted sin soliviantarle, que nací en un pueblo en el campo cerca de la frontera con Maine, que recibí una educación religiosa, que mis profesoras eran todas monjas, mujeres secas y fanáticas del sacrificio en el que habían convertido sus vidas, mujeres a las que tenía que llamar madre y que llevaban un nombre falso que habían elegido ellas mismas, como hermana Jeanne en vez de Julie, y hermana Anne en vez de Andrée, hermanas-madres que me enseñaron que los padres no son capaces de ponerles nombre a sus hijos [...]. ¿Y qué más, que toqué el piano durante doce años y que, como todo el mundo, quise irme del campo para vivir en la ciudad, que desde entonces no he vuelto a tocar una sola nota y que acabé trabajando de camarera en un bar, que me hice puta para renegar de todo lo que hasta ese momento me había definido, para demostrarles a los demás que era posible estudiar, soñar con ser escritora, tener esperanza en el futuro y malgastar tu vida en todas partes al mismo tiempo, sacrificarte como se sacrificaban las hermanas de mi colegio para servir a su congregación?

Al transcribir estas líneas, al volver a ver esa salmodia repetitiva y ese tempo tan característicos de Nelly Arcan, esa forma de caldear la oración «a trompicones», me acuerdo de lo que decía algunas veces: «He leído poco, pero he leído *bien*». Básicamente, la Biblia y a Dostoievski. Y *Los cantos de Maldoror*.

Sus libros son cantos, ciertamente. Sobre todo, este. Es inútil buscar escenas de la vida de una prostituta. No hay narración, y muy pocas descripciones. Solo este planteamiento desgarrador: ¿por qué yo, una joven de clase media, buena estudiante, tímida, nacida en Lac-Mégantic, cerca de la frontera con Estados Unidos, rodeada de una madre deprimida, de un padre intolerante que creía en el diablo, de una hermana fantasmal (otro pacto con la verdad: esta hermana no existe), de un hermano marinero (aunque soy yo quien lo incluye porque, a diferencia de la hermana inventada, nunca se habla de él), por qué, decía, en cuanto llegué a la gran ciudad, al tiempo que me matriculaba en la universidad y escribía

Putra

NO TENGO LA COSTUMBRE de dirigirme a los demás cuando hablo, por eso no hay nada que pueda frenarme, además, ¿qué podría contarle a usted sin soliviantarle, que nací en un pueblo en el campo cerca de la frontera con Maine, que recibí una educación religiosa, que mis profesoras eran todas monjas, mujeres secas y fanáticas del sacrificio en el que habían convertido sus vidas, mujeres a las que tenía que llamar madre y que llevaban un nombre falso que habían elegido ellas mismas, como hermana Jeanne en vez de Julie, y hermana Anne en vez de Andrée, hermanas-madres que me enseñaron que los padres no son capaces de ponerles nombre a sus hijos, de definirlos adecuadamente ante Dios, y qué más quiere usted saber, que yo era completamente normal, tirando a buena en los estudios, que en ese mundo de católicos fervientes en el que crecí a los esquizofrénicos los mandaban con los sacerdotes para que los curaran con exorcismos, que la vida allí podía ser muy hermosa si una se contentaba con poco, si tenía fe? ¿Y qué más, que toqué el piano durante doce años y que, como todo el mundo, quise irme del campo para vivir en la ciudad, que desde entonces no he vuelto a tocar una sola nota y que acabé trabajando de camarera en un bar, que me hice puta para renegar de todo lo que hasta ese momento me había definido, para demostrarles a los demás que era posible estudiar, soñar con ser escritora, tener esperanza en el futuro y malgastar tu vida en todas partes al mismo tiempo, sacrificarte como se sacrificaban las hermanas de mi colegio para servir a su congregación?

A veces, por la noche, sueño con mi colegio, vuelvo una y otra vez para examinarme de piano y siempre es igual, no encuentro el piano y a mi partitura le falta una página, vuelvo allí siendo consciente de que llevo años sin tocar una nota y de que encontrarme en esa situación a mi edad, como si nada, es ridículo, y algo me dice que sería preferible dar media vuelta para evitar la humillación de no ser capaz de tocar delante de la madre superiora, a la que claramente le importa un bledo que toque o no, porque ella siempre supo que yo jamás sería pianista, que jamás haría nada que no fuera tocar alguna escala de vez en cuando, y en esa escuelita de ladrillos rojos, donde cualquier carraspeo resonaba por todos los rincones, tenías que ponerte en fila para ir de una clase a otra, las más bajas delante y las más altas detrás, yo tenía que ser la más baja, no sé por qué pero esa era la consigna, ser la más baja para ser la primera de la fila, para no quedarme encajada en el medio, entre las más bajas y las más altas, y cuando llegaba septiembre y la hermana establecía el orden en que desfilaríamos durante el resto del año, yo doblaba las rodillas por debajo de mi vestido por si las moscas, porque aunque era baja no estaba segura de ser la más baja y tenía que poner un poco de mi parte, reducir todavía más mi talla para garantizarme ese primer lugar, y además no me gustaban los adultos, una sola palabra suya bastaba para que me echara a llorar, y por eso solo quería tratar con sus barrigas, porque las barrigas no hablan, no preguntan nada, sobre todo las barrigas de las hermanas, esas pelotas redondas que sentías el impulso de hacer rebotar de un puñetazo. Y aunque ahora ya he superado esa necesidad de ser baja, durante varios años incluso llevé zapatos con plataforma para ser más alta, pero no demasiado, lo justo para mirar a mis clientes a la cara.

Ahora que lo pienso, tuve demasiadas madres, demasiados modelos de santurronas reducidas a un alias que a lo mejor no creían en ese Dios sediento de nombres, por lo menos no del todo, a lo mejor simplemente buscaban una excusa para alejarse de sus familias, para desvincularse del acto que las había traído al mundo, como si Dios no supiera

que venían de ahí, de un padre y de una madre, como si Dios no pudiera ver que tras su Jeanne y su Anne intentaban esconder ese nombre inapropiado que sus padres habían elegido, tuve demasiadas madres de esas y muy poco de la mía, mi madre que no decía mi nombre porque tenía que dormir todo el tiempo, mi madre que, en su sueño, dejó que mi padre se encargara de mí.

Recuerdo la forma de su cuerpo bajo las sábanas y también la de su cabeza, que solo asomaba un poco, igual que un gato hecho un ovillo sobre la almohada, un despojo de madre que se iba aplanando lentamente, solo su pelo delataba su presencia, al diferenciarla de las sábanas con que se tapaba, y ese período del pelo duró unos años, puede que tres o cuatro, al menos eso creo, para mí se convirtió en el período de la Bella durmiente, mi madre se regalaba una vejez subterránea y yo ya no era una niña ni tampoco una adolescente, estaba suspendida en esa zona intermedia en la que el pelo empieza a cambiar de color, en la que en la pelusa dorada del pubis crecen sin avisar dos o tres vellos negros, y yo sabía que ella no estaba dormida del todo, sino solo a medias, se notaba por su rigidez bajo las sábanas demasiado azules, a demasiados cuadros, en esa habitación demasiado soleada, con cuatro grandes ventanas que rodeaban la cama y que lanzaban sobre su cabeza haces luminosos, rectilíneos, y dígame, ¿cómo se puede dormir mientras el sol te da en la cabeza?, y ¿para qué dejar que entre tanto sol en la habitación si estás durmiendo? Se notaba perfectamente que no dormía por su forma de moverse a sacudidas, porque de repente gemía por algún motivo extraño, oculto con ella bajo las sábanas.

Y luego estaba mi padre que no dormía y creía en Dios, es más, era lo único que hacía, creer en Dios, rezarle a Dios, hablar de Dios, vaticinar lo peor para todos y prepararse para el Juicio Final, censurar a la humanidad a la hora de las noticias durante la cena, el Tercer Mundo se muere de hambre, decía siempre, y mientras, aquí, qué vergüenza, vivimos con tantas comodidades, con tanta abundancia, así que estaba

mi padre, a quien yo quería y que me quería, que me quería por dos, por tres, me quería tanto que la autoestima estaba de más, habría sido una ingrata considerando ese torrente que me llegaba del exterior, por suerte estaban Dios y el Tercer Mundo para protegerme de él, para canalizar su energía a otra parte, al espacio remoto del paraíso, y un domingo que estábamos en la iglesia, los dos sentados en un banco de madera, y mi madre en la cama, él y yo en un banco en primera fila mirando la luz del sol que atravesaba las vidrieras y caía en diagonal sobre el altar, en haces siempre igual de rectilíneos, me guardé la hostia en la mano en vez de tragármela, y acabó en mi bolsillo para acabar después en mi habitación, entre las páginas de un libro que escondía debajo de la cama, y cada noche abría el libro para asegurarme de que seguía allí, un redondelito blanco y frágil que yo sospechaba que no contenía nada en absoluto, por qué Dios se rebajaría a vivir ahí dentro, qué bajón, y el domingo siguiente, antes de salir para misa, le enseñé la hostia a mi padre para que fuera mi cómplice, papá, mira lo que he hecho, mira lo que no he hecho, y le juro a usted que casi me pega, es un sacrilegio me dijo, y ese día comprendí que mi sitio podía estar del lado de los hombres, esos a los que hay que censurar, ese día comprendí que allí era donde debía estar.

Y luego tengo una hermana, una hermana mayor a la que nunca conocí porque murió un año antes de que yo naciera, se llamaba Cynthia y nunca tuvo una personalidad como tal porque murió demasiado pequeña, en fin, eso es lo que mi padre ha dicho siempre, que con ocho meses no se puede tener una personalidad como tal, lleva tiempo desarrollar características propias, una forma particular de sonreír y de decir mamá, tienen que pasar por lo menos cuatro o cinco años para que la influencia de los padres empiece a apreciarse, para que te pongas a chillar en el patio del colegio, chillar igual que ellos para tener la última palabra, mi hermana está muerta desde hace siglos pero todavía flota sobre la mesa familiar, creció allí sin que nadie la mencionara nunca y se instaló en el silencio de nuestras comidas, ella es el Tercer Mundo de mi padre, mi hermana mayor que tomó el relevo de todo lo que yo

no llegué a ser, la muerte le permitió tenerlo todo, posibilitó todos los futuros, sí, podría haber sido esto o lo otro, médica o cantante, la mujer más hermosa del pueblo, podría haber llegado a ser todo lo que quisieras ya que murió muy joven, libre de cualquier marca que la definiera en un sentido u otro, muerta sin gustos ni actitudes, y si ella hubiera vivido yo no habría nacido, esa es la conclusión a la que no he tenido más remedio que llegar, que su muerte es la que me dio la vida, pero si por un milagro las dos hubiéramos sobrevivido al proyecto de mis padres de tener solo un hijo, seguro que me habría parecido a ella, habría sido como ella porque ella habría sido la mayor, porque un año es suficiente para establecer una jerarquía. Jamás hablo de Cynthia porque no hay nada que decir, pero uso su nombre como nombre de puta, y hay un motivo, y es que cada vez que un cliente me nombra, es a ella a quien llama de entre los muertos.

Luego está mi vida, la que no tiene nada que ver con todo esto, con mi madre, con mi padre o con mi hermana, hubo una adolescencia de amigas y de música, de penas de amor y de cortes de pelo a la última moda, de lloreras por el resultado y de miedo a tener esto demasiado grande o lo otro demasiado pequeño, o a que tu amiga fuera más guapa que tú, fueron diez años turbulentos que me llevaron hasta la edad adulta, luego llegaron la gran ciudad y la universidad. Por primera vez en mi vida, me encontré sola en un apartamento con una gata siamesa que mis padres me habían regalado para que no me sintiera sola, para que, supongo que eso pensaban, nos tuviéramos la una a la otra, compartiéramos cama y desarrolláramos una rutina, formáramos un ecosistema de caricias y pequeñas dependencias, ella era el único elemento estable en un universo cargado de novedades, su constancia soñolienta me hizo comprender que se podía sufrir por un exceso de posibilidades, por un exceso de transbordos en el metro, la gata se llamaba Zazou y tenía unos ojos azules que bizqueaban y por eso mismo parecían aún más azules, azules como los míos, Zazou, y yo le pegaba a la menor oportunidad porque siempre andaba por en medio, y mi padre se había

encargado de poner un crucifijo en cada habitación del apartamento que antes había sido bendecido, es muy importante que los crucifijos estén bendecidos, decía, porque si no, corren el riesgo de vaciarse de Dios y de convertirse en armazones, demasiadas personas llevan la cruz sin creer en ella, llevan la cruz con un fin estético, porque hoy en día no se piensa más que en embellecer las cosas, los coches y la religión, y el motivo por el que mi padre colgó crucifijos en las paredes de mi apartamento fue sobre todo para asegurarse de que estaba vigilada y para que los visitantes supieran que él estaba allí, nada se dirá sin que yo lo oiga, nada se hará sin que yo lo vea, a través del cuerpo demacrado de Cristo, pero yo jamás comprendí que se pudiera tener por dios a un muerto.

Mi padre decía todo el tiempo que le horrorizaba la gran ciudad porque está llena de cosas censurables, las putas y los homosexuales, la gente rica y famosa, la economía que está en su mejor momento y la ley del más fuerte, lo desastroso e incomprensible que es todo, la cacofonía de las lenguas y de la arquitectura, el barro de la primavera y la fealdad de las construcciones modernas, y cómo puede ser que la fachada de una iglesia pueda hacer las veces de entrada de una universidad, preguntaba indignado como si yo tuviera algo que ver con eso, una iglesia mutilada como los crucifijos sin bendecir, vaciada de Dios, ¿y cómo se entiende que los pabellones de la universidad desemboquen en peep-shows, adónde vamos a ir a parar si de la educación a la prostitución no hay más que un paso? Y es verdad, puede demostrarse empíricamente, la fachada de una iglesia da acceso al pabellón en el que yo tenía la mayoría de mis clases, una fachada conservada y restaurada en aras del patrimonio porque queda bien, y muchas ventanas de las aulas dan a bares donde hay bailarinas desnudas, a los neones rosas de la feminidad, me pasé clases enteras analizando al aluvión de trabajadoras del sexo, y menudo hallazgo esta apelación, en ella se aprecia el reconocimiento de los demás por el oficio más antiguo del mundo, por la más antigua de las funciones sociales, me encanta la idea de que se pueda trabajar el sexo como se trabaja una masa, que el placer sea una labor, que pueda

Nelly Arcan, escritora

PUTA, LA PRIMERA OBRA de Nelly Arcan, se publica en septiembre de 2001 en Éditions du Seuil. Desde el principio, se marca el tono: el libro se presenta como una «historia escandalosamente íntima», la portada muestra los ojos escrutadores de una Arcan tan provocativa como huidiza, y la breve biografía de la contraportada la rejuvenece unos años. A la quebequense de *look* elaborado, cuya historia vendió rápidamente cerca de 40 000 ejemplares, le cuesta imponerse como escritora: el cuerpo de Arcan suplanta a sus palabras; miramos a la *escort* en lugar de escuchar una voz y un lenguaje tan atemporales como innovadores. Esto es lo que se nos quedará grabado de *Putá* en 2001: las palabras de una prostituta en el camino del arrepentimiento que ha encontrado su salvación en la escritura terapéutica, el autoanálisis ombliguista y misántropo de una marginada —esto, en cualquier caso, para quien no se tomara la molestia de abrir su libro y descubrir en él la paradoja de ese rol de muñeca que la autora no quiere interpretar pero que interpreta a falta de algo mejor—. Menos de ocho años después, el estatus del cuerpo habrá contribuido a matar tanto a la escritora como a la mujer.

Aunque el título del libro llama la atención y hace que las ventas se disparen, también encauza su lectura y contribuye a que vida

y obra se confundan. La cobertura mediática, abundante, se centra casi sin excepción en la vida y en la imagen de Arcan, muy pocas veces en *Putu* como obra. En Francia, solo un artículo de fondo, «Rose ou morose», publicado en *Le Monde des Livres* por Patrick Kéchichian, propone tomar a Arcan por lo que es: una escritora. Sin embargo, enseguida la llaman de nuevo al orden patriarcal cuando aparece en el programa de Thierry Ardisson, *Tout le monde en parle*. Aunque el presentador califica la novela de «pieza de literatura», prefiere preguntarle a la autora por las diferencias entre una *escort* y una prostituta, por sus trastornos alimenticios, por sus relaciones con sus padres y sus clientes, por sus posturas sexuales favoritas. Las palabras de Arcan son constantemente tergiversadas durante esta entrevista, que Ardisson concluirá con un: «¿Lo menos sexi en usted? [...]: su acento canadiense [...]. Es un acento terrible, se lo juro, ¡no hablamos así desde el siglo XVIII!».

Arcan cae después en el sector de la subliteratura en el programa de Mireille Dumas, que tiene el edificante título de: *Papa, maman, mon psy et moi* [Papá, mamá, mi psiquiatra y yo].

En total, solo el 9 % de los artículos que hablan de *Putu* en Francia en el año de su publicación dan la palabra a Arcan; todos prefieren hablar de ella que escucharla. Así, unas veces la describen como «descarada» (*Lire*) y otras como «multiplicadora de coitos» (*Gala*), o simplemente «joven y rubia» (*La Provence*), «violenta y perdida» (*Cosmopolitan*), que «vomita su autoanálisis» (*Jalouse*). Aunque las palabras de la autora están ausentes, su cuerpo satura el espacio mediático: la mitad de los artículos, reseñas o especiales que se consagran a *Putu* presentan a la escritora en posturas y prendas sugerentes. El hecho de que la prensa generalista, los medios audiovisuales y la prensa «femenina» acogieran el libro con más entusiasmo que la crítica literaria pone de manifiesto cómo *Putu* quedó durante mucho tiempo excluido de los sectores más legítimos de los espacios literarios.

De hecho, Arcan es eliminada rápidamente como autora: el libro será archivado en la sección de Sociología de la Biblioteca Nacional de Francia, indexado bajo «Prostitución canadiense». Esto es lo que hizo que corrieran tantos ríos de tinta: Arcan contaba una historia real, era hermosa, joven y escandalosa, pero sin duda no era creíble, al menos como autora. Solo una revista señala que *Putu* figuraba en las listas de algunos prestigiosos premios literarios ese otoño, sin llegar a especificar jamás cuáles: así que pronto se olvidará que el libro optaba a los premios Médicis y Femina. La reedición en formato de bolsillo (que alcanzará los 115 000 ejemplares vendidos), de llamativa portada, participará ampliamente del fenómeno de borrado de la escritora en beneficio de la trabajadora sexual.

En Quebec, los medios de comunicación, las críticas académicas y las fotografías de la autora también nutren el aspecto escandaloso de la historia. Aunque las críticas reconocen la calidad literaria de la obra, son las cuestiones autoficcionales y autobiográficas las que ocupan la mayoría de las reseñas de *Putu*. Todos se preguntan por su pasado de *escort* y por la veracidad, incluso la credibilidad, de la historia: antes que escritora, Arcan será considerada una puta que estudió Letras. La prensa quebequense de la época no dejará de tropezar con estas cuestiones al poner de manifiesto sus dudas sobre este ejercicio literario de alto nivel: «¿De verdad está hablando de su vida? ¿Puede una puta escribir un libro? ¿Puede una estudiante de Literatura ser una puta?» (*La Presse*). Si la mayoría de los artículos dudan entre reconocer la calidad literaria de *Putu* y cuestionar su estatus de autora, las entrevistas en televisión son espacios en los que Arcan se ve constantemente llamada a justificarse. Su paso por el programa *Christiane Charette en directe*, a la vuelta de su gira promocional por Francia, es concluyente. Ya es la vida íntima de la autora la que acapara la atención. Mientras que Arcan insiste en volver al texto, la presentadora ofrece una actuación marcada por la irreverencia: no